

"Somos una fuerza auténticamente opositora", afirmó Arturo Ardao

El sábado 26 en el local de la Agrupación se realizó el acto de proclamación de candidatos. Hicieron uso de la palabra Elbio Frade, en nombre de la Juventud Demócrata-Social; Arturo Ardao, candidato a la diputación, Julio Castro, también candidato a diputado; cerrando el acto Carlos Quijano con un extraordinario discurso.

I

Nuestra Agrupación se congrega hoy para una tarea a que no está acostumbrada: la proclamación de sus candidatos a los puestos de gobierno. Agrupación batalladora, que ha bregado sin pausa y bajo tan distintas formas en defensa de su ideal político —agrupación que bien sabe de la lucha porque más que ninguna otra puede decir que es hija de la lucha— desconoce, sin embargo, el hábito de las contiendas electorales. No participa en ellas desde los años —en tantos sentidos lejanos— que precedieron al golpe de Estado de 1933. Como integrante de las fuerzas opositoras al marzismo, se abstuvo en todos los comicios convocados por éste. En 1942, cuando bajo el signo de un nuevo golpe de Estado aquellas fuerzas volvieron a las urnas, se abstuvo igualmente, en un gesto de protesta contra las afligentes claudicaciones de aquella hora, que no compartió en el país ninguna otra agrupación organizada con carácter nacional.

Al cabo de esa prolongada y viril abstención, —sostenida en un despliegue de energía moral que ha fortalecido su carácter y acendrado su conciencia cívica,— la Democracia Social Nacionalista viene hoy a proclamar sus ideas y sus hombres, solicitando para ellos el voto con que la ciudadanía unge a quienes han de servirle. En un movimiento como el nuestro, acto semejante asume una significación especial. No se realiza para levantar nombres surgidos espontáneamente, por autodeterminación de los propios candidatos, ni oligárquicamente, por determinación de un círculo o de un caudillo, modos clásicos, aquél y éste, de nuestras democracias inorgánicas. Se realiza para levantar nombres surgidos de una libre y abierta elección interna, en un procedimiento democrático ejercitado desde la raíz misma de la vida cívica, por personas, y entre personas —hombres y mujeres— que pertenecen ante todo al pueblo y al trabajo. Para quienes, por lo mismo, la acción política no es un oficio ni un pasatiempo, sino un imperativo de conciencia, un deber inexcusable, cumplido siempre con la alegría moral de todo esfuerzo desinteresado, pero también, a menudo, con sacrificios, entre los cuales no es el menor el de las vocaciones íntimas o las preferencias del espíritu.

El deber así entendido lleva hoy al campo del sufragio a la Democracia Social Nacionalista. Deshecho el nacionalismo histórico por la política personalista y suicida de una generación anarquizada por las pasiones, trabado su esfuerzo por una coactiva legislación electoral, acaso pudo nuestra agrupación ensayar una vez más desde la abstención, la anhelada y tarde o temprano inevitable, reconstrucción del partido. La apremiante exigencia popular de influir en alguna medida, chica o grande, en la modificación de un estado de cosas ya intolerable, nos señaló empero el camino de las urnas, aunque tuviéramos que andar en las condiciones más difíciles y adversas que nos hubiera sido dable imaginar. La Democracia Social Nacionalista se ha hecho un deber en lanzarse a la lucha —así fuera bajo la denominación forzada de un lema transitorio— por un conjunto de razones que pueden, sin embargo, resumirse en esta verdad simple y fundamental: **porque era necesario que una fuerza auténticamente opositora se hiciera presente en los comicios de 1946.**

II

El régimen actual —hijo bastardo de un concubinato cívico, engendrado por el abrazo de fuerzas purificadas por años de intransigencia y abstención, con fuerzas procedentes de un oficialismo despótico— muere de la muerte que merece: la muerte del más impregnante desprestigio popular, del descontento irreprimible de los más diversos sectores sociales, y aún del desaliento y la postración de los propios partidos que lo sostienen. Frente a él se alza una oposición sin distinciones banderizas, unánime y fuerte como todo lo que viene de la entraña indivisa del pueblo, que pugna ansiosa por expresarse de algún modo en los atrios comiciales. Dos cla-

La versión de los discursos de Quijano y Ardao se publican en el presente número. La del de Elbio Frade, se postergará hasta el próximo por razones de espacio. En cuanto el discurso de Castro, no lo damos por no haberse recogido versión taquigráfica.

El discurso de Quijano se difundirá en folleto por resolución expresa del Comité Ejecutivo.

ses de fuerzas políticas se ofrecen a la ciudadanía para recoger semejante voluntad opositora y convertirla en acto de gobierno. Clarificarlas, distinguirlas, es imprescindible necesidad para esa ciudadanía, a la que se engañó en 1933 prometiéndosele una Tercera República que fué la república de las torturas, de los fraudes y de los latrocinios; a la que se volvió a engañar en 1942 prometiéndosele un régimen democrático que ha sido el régimen de las turbias implicancias, de la demagogia infecunda y del servilismo diplomático; y a la que se puede engañar una vez más en 1946, al amparo de las circunstancias excepcionalmente confusas porque atraviesa la nación.

Hay en estos momentos una oposición que se mueve en el campo de la derecha. La representan algunos de los círculos dirigentes que dieron el golpe de Estado de 1933, orgánicamente antidemocráticos y definitivamente retardatarios en el orden económico y social. El haber estado en el llano bajo el régimen actual, o el haber pasado al llano a cierta altura del mismo, después de haber participado en él, complicándose irremisiblemente con sus desaciertos y con sus culpas; por otro lado, en más de un caso, el haber acompañado en la reciente guerra mundial la causa de las democracias, renegando cuando las conveniencias lo exigieron, de las viejas simpatías fascistas; y todavía la circunstancia de que esos círculos hayan sabido siempre atraerse a ciertos sectores populares, hace que ellos se presenten hoy a la opinión con una apariencia que está muy lejos de reflejar su naturaleza verdadera. El pabellón opositor cubre en este caso una mercancía reaccionaria, que es preciso discernir más allá de los slogans de propaganda y de los escandaletes de ocasión.

Nada tenemos que ver con esa oposición que actúa en un campo que no es ni ha sido nunca el nuestro, aunque a sus sectores populares dirijamos también nuestra palabra.

Tenemos la satisfacción profunda —y si lo queréis, el orgullo— de proclamar que representamos la oposición auténtica, la que hunde sus raíces en la lucha popular contra la dictadura, la que, si no se doblegó ante los abusos de la fuerza, tampoco se inclinó frente a las transacciones hábiles que políticos gastados y escépticos amasaron en una hora de desconcierto. Representamos como nadie la vieja oposición que late aún en la conciencia del pueblo traicionado, y que algún día, de algún modo, conocerá el triunfo total. Por servirle, no temimos ayer ni tememos hoy que se confunda con otros pregones opositores nuestra palabra insobornable. No es el llano, donde imperan las actitudes independientes, el escenario propicio para tales confusiones; sino las salas y antesalas de palacio, donde otros todo lo han mezclado y confundido defraudando las mejores esperanzas de la nación.

III

Más de una vez pudo pensarse que fueron vanos todos los años de lucha contra el régimen de Marzo. La existencia de esta fuerza que es la Agrupación Nacionalista Democrática Social, pequeña o numerosa, pero en cualquier caso firme y consecuente con sus principios y sus actitudes, prueba lo contrario. Algo grande en su significación moral se ha salvado con ella y por ella, cuando todo ha podido parecer perdido. Se ha salvado, como un arca sobre la corriente de los ambiciosos y de los frívolos, la conciencia política nacional que emergió en el país del seno de las instituciones en ruinas. Portadores de esa conciencia nos sentimos, pocos o muchos, y por ello, celosos responsables del honor de una generación.

Si nuestra Agrupación conquista en el Parlamento las posiciones a que tiene derecho, ha de promover en su seno el cumplimiento de la aspiración más íntima de esa conciencia nacional: la reorganización del orden institucional del país por la vía de una Asamblea Constituyente libremente electa por el pueblo. Se quiera o no, el país tiene planteado un problema primario de carácter constitucional. Es un problema traído por el golpe de Estado de 1933 y ahondado

por el golpe de Estado de 1942, problema que está más allá de las simples fórmulas de estructuración de los órganos de gobierno, y que radica en la inestabilidad orgánica de la carta fundamental. Es imperioso devolverle a la nación su orden institucional perdido. Frente a esa exigencia será siempre secundario el sentido de la reforma constitucional, y aún esta misma expresión de "reforma constitucional", en nombre de la cual tanto se ha arandado y se arandeá todavía al país desde hace quince años. La mejor constitución será siempre mala si no es acatada y respetada por todos. Y para que lo sea, necesario es que resulte de la obra también de todos, sin privilegios para nadie ni exclusiones tampoco. ¿Cómo alcanzar este desideratum si no es en la situación a que la república ha sido conducida, por la convocatoria de la Asamblea Constituyente? Tal fue bajo el marzismo y tal es bajo el febrilismo el anhelo de la nación, que ciertas oligarquías, en los más opuestos bandos, se empeñan en desconocer. Desconcertante es que en estas vísperas electorales sólo nuestro núcleo, en todo el escenario político nacional, sostenga y proclame esa aspiración, debiendo enfrentar proyectos de reforma elaborados a puertas cerradas y bajo la forma de pactos, para imponer coactivamente a la mitad de la nación la voluntad de su otra mitad. Lo aislado de nuestra posición no hace sino fortificar nuestra fe. El 24 de noviembre votaremos energicamente por NO los dos proyectos de reforma entregados al plebiscito. Y desde los escaños del Parlamento, haremos un llamado a todos los partidos para dirimir de una vez el pleiteo constitucional que divide a la república por el único procedimiento posible y honorable: la Asamblea Nacional Constituyente.

IV

Como complemento de esa obra de reparación institucional, que juzgamos primordial, y a través de la cual definimos nuestro vínculo con lo más entrañable de la vieja oposición, en cuyo servicio tantas vidas generosas fueron sacrificadas, nuestra Agrupación ha de promover la derogación de leyes que han perpetuado a lo largo de este régimen llamado de derecho, el espíritu y la obra de la dictadura. Nos referimos especialmente a la Ley de Imprenta y a la Ley de Lemas, no sólo no derogadas, sino esgrimidas de cuando en cuando por quienes fueron antes sus impugnadores ardientes. Ayer nomás, Vds. lo saben, la Ley de Lemas fué invocada, al mismo tiempo que por dirigentes marzistas, por un partido que se llama de ideas, para negársenos el uso en los próximos comicios, de un nombre que no es el suyo y que desde hace dieciocho años llevamos con honor.

Y luego, la vasta obra de reorganización económica, financiera, social, y cultural de la nación. Los problemas que ella plantea no son extraños a nuestra Agrupación. Los ha venido abordando y estudiando a lo largo de los años, en una obra periodística de esclarecimiento y de doctrina que no tiene —podemos decirlo con certidumbre, aunque suene a bastarda— paralelo en el país. La obra de "El Nacional", de "Acción", de MARCHA. Cualquiera sea el número de representantes con que nuestra Agrupación cuente en el Parlamento, el enfoque de esos problemas será en todo caso el fruto de una tarea colectiva, en la que participarán los compañeros legisladores y no legisladores, cada uno con el aporte de su especialización técnica, de su experiencia profesional, de su aptitud personal o de su vocación, en la colaboración estrecha que ha sido característica siempre de nuestro grupo.

El cumplimiento definitivo de esa obra no dependerá, sin duda, de nuestras solas fuerzas. Pero cualesquiera sean las condiciones o los límites impuestos a su acción, la Democracia Social Nacionalista será en todo instante en el Parlamento una fuerza fermental, una levadura cívica, aplicada a impulsar el progreso moral y material de la república y a mejorar por todos los medios las condiciones de vida de sus —hoy más que nunca— agobiadas clases populares. Si tiene un programa básico de reparación política a cum-

(Véase de la página anterior)

plir, ello no será con sacrificio de lo que ha constituido la esencia misma de su mensaje, expresada como una consigna en su propia denominación: la persecución de la democracia social como finalidad, al mismo tiempo que como condición y fundamento de la democracia política.

Aspira de ese modo nuestra Agrupación a contribuir a dignificar y enaltecer el Parlamento, resorte decisivo de la organización democrática. Al Parlamento clásico habrá que perfeccionarlo, hoy o mañana, del punto de vista institucional, en lo que se refiere a la técnica de expresión de los intereses y voluntades de la sociedad. Pero hay una tarea inmediata que es preciso cumplir con urgencia, si la institución misma del Parlamento ha de salvarse para salvar con ella el destino de la democracia. Esa tarea es la de levantar el nivel espiritual y moral de su acción, lamentablemente abatido, no de ahora, sino desde hace muchos años, por la incompetencia, la demagogia y aún la incultura y el desborde.

Creemos haber demostrado a través de nuestra trayectoria cívica, que no concebimos la acción política circunscripta al plano electoral, y en consecuencia a la acción de gobierno desde los organismos representativos.

Se hace también política, y alta política, estando con la palabra o con la pluma. Esa clareciendo los problemas del país y orientación de espíritu nos hace afrontar con serenidad el veredicto de las urnas. En cualquier circunstancia esta movilización nuestra constituye un triunfo del que nadie podrá despojarnos. Es el triunfo de nuestra fe. El triunfo de la fe de todos y cada uno de nosotros, de los que tienen la responsabilidad de dirigir el grupo, como de los leales compañeros de las diversas secciones de la capital y de todos los departamentos de la república, que han estado año a año, desde hace tantos, firmes en sus puestos, no pidiendo nada y ofreciéndolo todo, sostenidos tan sólo por el calor idealista de sus almas. Ellos especialmente son los protagonistas anónimos pero decisivos de esta jornada. Ellos han confiado. Ellos han esperado. Y esa confianza, y esa espera, son ya la victoria. Porque ellas ponen la piedra fundamental de una conciencia superior de la nacionalidad que algún día —no importa por intermedio de quiénes— será irresistible.

Si no concebimos la acción política limitada a las disputas electorales, menos concebimos la militancia pública con una significación estrictamente política. La política es para nosotros uno de los medios de servir a la recuperación y revelación de la nacionalidad, en su historia y en su destino; de la na-

cionalidad, en manos hoy de descastados, cuando no de venales, y por ellos llevada y traída en el tráfico de los imperialismos de la economía, de la política y de la cultura. Hemos definido nuestro movimiento como nacionalista, en el sentido más cabal y puro de la expresión, porque la exaltación legítima de la nacionalidad ha sido siempre su norte. De esa fe nacionalista —fortalecida en la filosofía de nuestra historia nacional— hemos extraído preciosas energías morales para luchar contra el vasallaje imperialista, —vasallaje de las cosas y vasallaje de los espíritus— que hemos sentido pesar como una maldición injusta sobre nuestra tierra, al igual que sobre las tierras hermanas del continente. Por eso esta lucha que tiene por meta el 24 de noviembre, es para nosotros simplemente un episodio. Un episodio de la gran batalla nacionalista y americanista que libran por su emancipación definitiva los pueblos de América.

Para esa lucha convocamos a todos los ciudadanos que en medio del despeñadero y la disolución de estos últimos años, han salvado su fe, o que, habiéndola perdido, se sientan capaces de reencontrarla. La Agrupación Nacionalista Demócrata Social les ofrece un camino. Un camino de dignidad cívica y de limpia y desinteresada entrega a la defensa de la nacionalidad, del ideal democrático y la justicia social.